

JÓVENES/COMUNICACIÓN: ALGUNAS DIMENSIONES POSIBLES EN TORNO AL FUTURO

Anahí Angelini
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Primeros interrogantes

En el devenir vertiginoso de la realidad social, los jóvenes irrumpen como un movimiento de ruptura visibilizando aquello que no se quiere ver, obligando a pensar lo que se intenta evadir y haciendo oír lo que se quiere acallar: la comunidad es “hablada” a través de las prácticas y representaciones de los jóvenes. En este sentido, la juventud emerge como figura política, en tanto que los jóvenes son vistos como metáforas del posible cambio social en contradicción conflictiva ante un cierto orden perpetuado en la cotidianidad de la vida colectiva.

Sensibilizados por un mundo problemático y socializados en una época en la que la incertidumbre es lo único certero, planteamos el interrogante en torno al futuro. De un futuro que, desde la perspectiva de los jóvenes consultados, es asociado con la vida y el sufrimiento como esperanza para el cambio. De un futuro que habla de rupturas y continuidades; de anuncios y denuncias; de guerras aún no libradas y de batallas que se nombran como perdidas. De sucesos esperanzadores e infiernos próximos. De un pasado que manotea el presente al que se aferran como lo seguro. De anhelos que orientan la vida y miedos que coagulan los horizontes de expectativas. De un futuro que piensa en las generaciones provenientes y del que se espera más conciencia crítica.

La pregunta inaugural que atraviesa el trabajo de investigación versa sobre los modos en que los jóvenes significan el porvenir ciertamente en conflicto y ruptura con ese tiempo prospectivo. Sin embargo, para poder problematizar a contrapelo la mirada juvenil acerca del porvenir, se tomó la decisión de analizar estos relatos sobre la base de algunas categorías construidas basándose en la reflexión de conceptualizaciones sobre la utopía.

Para focalizar mi investigación, tomamos como muestra de estudio a jóvenes estudiantes universitarios de la ciudad de La Plata concebidos desde la temática planteada como posibles grupos de ascensos con el propósito de investigar en este sector las representaciones acerca de la capacidad de representar los lineamientos de un orden social distinto, en contradicción y lucha con la institucionalidad vigente. En este sentido, en el contexto de redefinición de valores, la universidad se percibe como la posibilidad de incorporar una mirada crítica de la vida que permita poder actuar de manera creativa. Desde esta perspectiva, la utilidad de la universidad no se restringe sólo a un criterio instrumental tradicional sobre el mundo del trabajo, sino que se valora la contribución de esta institución a la posibilidad del pensamiento crítico como presupuesto de toda praxis de transformación. Si el ejercicio utópico, como pensamiento político, es condición necesaria para el desarrollo de la historia, es también necesario avanzar en el análisis de las características de la utopía como un

proyecto históricamente realizable. Y es aquí donde se pone de relieve la importancia de abordar a las representaciones del futuro desde la perspectiva utópica: como prospección de lo posible.

De este modo, damos paso a pensar el cambio desde la mirada de los jóvenes cargada de la historicidad del presente y analizar, así, las posibles mutaciones que se asoman en sus relatos desde instrumentos conceptuales que nos aproximen hacia algunas pistas de las posibles transformaciones del mundo social.

Escenarios

La pregunta por el futuro reviste el interrogante acerca de los diversos modos de estar juntos, y la manera en que los jóvenes experimentan la incertidumbre suscitada a partir de la crisis de los pactos tradicionales.

Indagar acerca de estos sentidos focalizados en una temporalidad que mira hacia adelante, inexorablemente, implica la referencia al mundo social, en tanto que el universo de lo juvenil no existe en el vacío, sino que por el contrario, estos jóvenes están enmarcados en un espacio en el que conviven con otros actores, atravesados por diversas relaciones de fuerza y de sentidos.

Como parte de las características de época, los procesos de individuación de lo social (Beck, 1999, 2006) y la primacía del mercado como regulador de las relaciones sociales posibilitaron unos modos de estar juntos asumidos desde el sesgo individual y la fragmentación. Si bien los sujetos continúan dependiendo de las instituciones, las decisiones y la reproducción acerca de lo común, parecieran gravitar sobre el cerco individual, lo que implica, además, una continua toma de posición de los sujetos (Benedict; Hahn y Miranda, 2008).

Si pensamos estas características desde los clivajes específicos de nuestra región, producto de procesos de polarización social y desprotección de vastos sectores, debemos resumir estos procesos a partir de las condiciones de vulnerabilidad y situaciones de exclusión. A la falta de certezas y al miedo como desarraigo de lo seguro, se le suma la erosión del modelo de integración social que quedó pegado en el correlato de nuestro imaginario, y que se hundió, nublando y disipando, así, el horizonte compartido. Esta crisis de la idea de un futuro más o menos previsible se condensó con la ausencia de un modelo político de país que integró a las distintas clases sociales bajo una perspectiva de homogeneidad a través del trabajo y la educación (Svampa, 2005).

Ante la falta de trayectorias claras sostenida desde las instituciones que enseñaban los caminos exitosos hacia un tiempo prometedor para adelante y de un mercado que atraviesa los túneles de la vida social, es la incertidumbre la primera estación y sensación de la precariedad.

De este modo, observamos cómo el riesgo y la vulnerabilidad son dos marcas epocales que hacen huella en la generación de estos jóvenes y definen sus identidades. De un tiempo compartido que asoma los peligros de una época y que bajo una sociedad cimentada desde la desigualdad, las oportunidades del destino se buscarán desde la preparación del yo frente a las vicisitudes de la época.

Cuando el nuevo mundo fue borrando los caminos transitables de lo seguro, el futuro comenzó a desdibujarse. Pensarlo como un tiempo otro al presente implica certezas en un ahora que se reviste de incertidumbres e inseguridades. Desde la crisis de la modernidad a la que se entregó Occidente, es ardua la tarea para nuestros jóvenes de pensar sus futuros, aun con mayores fisuras cuando el rasgo de movilidad ascendente que posibilitaba pensar en común hacia adelante como la fuente de realización, quedó bajo los cimientos del derrumbe de un modelo político basado en la integración social.

Como decíamos anteriormente, los relatos de estos jóvenes están anclados a una estructura, de aquí la urgencia de pensarlos fogueados por las marcas de la generación, de un momento diacrónico cargado por el ocaso de los grandes relatos y de la política como vía legítima de disputa y de transformación, pero que sin embargo nos habla de nuevas formas de disputar la hegemonía neoliberal. Y en este sentido rescatamos el valor de reflexionar sobre el futuro al calor de la reconfiguración de los acontecimientos: abordar el futuro mediante categorías que se vinculan a la utopía como posibilidad de cambio del orden social vigente desde la capacidad que tiene todo sujeto de intervenir en el mundo, a partir de la mirada de una historia contingente y no predeterminada, en tensión y bajo el espectro de un mundo que los discursos hegemónicos construyen como el único posible.

Pensar el futuro en clave utópica implica repensar la acción colectiva y la posibilidad de un mundo distinto, que sin caer en la red de lo quimérico, permita poner en foco el *hacia dónde vamos*, de anteponer el empuje de la acción creadora y prospectiva de futuros distintos.

La celeridad de nuestros tiempos

La capacidad de dibujar los trazos de un futuro, insoslayablemente, no puede pensarse en forma desvinculada de la noción de tiempo, entendiendo a la temporalidad no sólo como un telón de fondo de la acción, sino como constitutivo de la producción y reproducción de lo social a la vez que tiene un efecto estructurador al interior de las relaciones sociales (Díaz Larrañaga, 2006). De este modo, bajo la administración y concepción del tiempo, se enhebran los hilos del poder existente e inexorable de todo entramado social. Así, cada cultura delinea sus propias categorías temporales, a la vez que existen distintos tiempos al interior de esa misma cultura a los que se les otorga sus propios significados.

Si pensamos al tiempo como dato social más que cronológico, el presente eterno al que se sujetan estos jóvenes deja al descubierto relaciones hegemónicas y de poder, que instalan el ahora como la única temporalidad posible en el espectro histórico. La inmediatez de la vida que rige el tiempo social desautoriza las capacidades de proyectar, de pensar un tiempo distinto, pero que a la vez –de manera contradictoria–, se les exige a los jóvenes la tarea de la invención de lo social: “ellos son el futuro”. Al anudar a los jóvenes a un tiempo ilusorio y lejano, se desacredita su intervención en el presente al que el discurso hegemónico emplaza como el tiempo válido.

Sin embargo, no por ello los jóvenes dejan de pensar en la temporalidad puesta hacia adelante. Si bien representan al futuro como un espacio al que no saben bien cómo llegar ni de qué manera, no son indiferentes al porvenir. Todos los jóvenes consultados representan unos futuros arrojando posibles formas sobre condiciones de vida que esperan, anhelan y denuncian. Sus relatos no son un resultado circunstancial sino la comprobación que el futuro –algunas veces permisivo y otras, más represivo– es uno de los hilos de vida que los atan al mundo.

Ante la ausencia de trayectorias sociales definidas y en el vacío de los metarrelatos de la modernidad, el presente pareciera ocupar todo el espectro del tiempo subjetivo. De esta manera, desde el discurso hegemónico, toda reflexión sobre el futuro pareciera candorosa y la utopía, un modo de pasividad ante el inmediatismo que rige el tiempo social. Pero precisamente la utopía –como proyección de un porvenir posible– implica el quiebre de la noción del tiempo fijado y de la repetición eterna de lo mismo. Como explica Fernández Nadal (2008), la utopía funciona anticipadora del futuro en la medida en que supone la ruptura de la temporalidad cíclica y expresa una voluntad de cambio de la institucionalidad vigente, sosteniendo el esfuerzo discursivo por producir nuevas articulaciones entre significantes, capaces de interpelar diferencialmente a los sujetos sociales. De ahí que, el ejercicio histórico de la función utópica se vincule a la emergencia de sectores sociales portadores, de hecho o potencialmente, de proyectos antagónicos con respecto a las relaciones sociales instituidas y de las ideologías hegemónicas.

Por ello, entonces, la importancia de comprender la manera en que se concreta la construcción del futuro: si como un proceso de *racionalización*, de ordenamiento y control, de disciplinamiento y represión de la vida, o como un proceso de *subjetivación*, que designa todo lo que en nuestra historia ha significado una lucha contra la dominación y por la emancipación, la apropiación y la liberación (Touraine, 1994).

Sin caer en una posible mirada romántica acerca de la juventud, pero sí analizada con el espesor propio de la historicidad, hablamos de utopías comprendiendo la capacidad de proyectar, con el peso del pasado, con la capacidad de acción en el presente y con la libertad implícita en la condición de que el porvenir no está predeterminado. Desde la perspectiva propuesta, es la utopía la que permite trazar los rasgos deseables del futuro, imprimir sobre él la posibilidad de cambio desde la perspectiva de un sujeto en el rol de agente de la historia.

En esta instancia, es preciso abrir a priori el debate para pensar la noción de utopía, de la validez de reflexionar sobre esta categoría en nuestro contexto. Si bien es una discusión abierta, no exenta de complejidades, no por ello menos enriquecedora a la hora de plantear el futuro.

El futuro en clave utópica

A continuación, abordaremos algunas problematizaciones que consideramos centrales en torno al pensamiento utópico para reflexionar acerca de la construcción de las categorías de análisis, para indagar las representaciones del futuro.

A lo largo de la historia han existido distintas utopías que, como toda construcción social, devienen de un tiempo, contexto y acervo cultural particular. La protesta contra el orden establecido y la expresión de la esperanza real de forjar un mundo mejor ha impulsado movimientos sociales y escritos en todas las épocas. La tradición utópica de Occidente de ninguna manera constituye una simple secuencia de fantasías, sino que ha sido desde sus orígenes una forma de análisis precientífico del hombre en la sociedad (Krotz, 1988). Pensar que ya no es posible reflexionar sobre la utopía es anular la posibilidad de diseñar formas de organización social distintas a la vigente y aceptar el discurso de la caducidad del tiempo histórico.

En este sentido comenzamos a reflexionar, tal como plantea Mannheim (1941), en los modos en el que el grupo dominante, que está de acuerdo con el orden existente, determina lo que debe ser considerado como utópico, mientras que el grupo en ascenso, que se halla en conflicto con las cosas tal y como son, establece lo que debe considerarse como ideológico. Por ello que hay en la utopía un intento de transformación no relegado al nivel discursivo sino a su materialización, en tanto que, siguiendo la explicación del autor, las utopías no son ideologías en la medida en que consiguen transformar la realidad existente en otra más en consonancia con sus propias concepciones.

El siglo XXI ha sido nombrado desde el discurso hegemónico como el final de las utopías y de los grandes relatos de la humanidad, de un tiempo asolado por la velocidad del progreso tecnológico, los medios de comunicación que multiplican los relatos acerca de la realidad y de un mundo globalmente interconectado. El veredicto trazado desde el pensamiento hegemónico es la de culminación: ya no hay nada desconocido que pueda conocerse, ya no hay nuevas expectativas pues no se vislumbran nuevos caminos alternativos por los cuales poder avanzar: es el fin del progreso.

La tensión generada por la imposibilidad de llevar adelante un mundo sin dominación y concretar la libertad de todos los hombres bajo el designio de la igualdad, llevó a que la proyección utópica se cargara de negatividad y pusiera el acento en la previsión de un mundo sujetado bajo la multiplicidad de formas de opresión imaginadas. La tensión, que generó que las principales revoluciones comunistas –portadoras del modelo igualitario y de las que se suponía debían materializar la idea de un mundo mejor– no pudieran concretarse en término esperados, produjo una gran frustración.

Esta concepción, propia de la desilusión de la gran anhelación utópica que fue el comunismo soviético y la asunción del capitalismo como sistema único, traza el significado de la utopía como fantasiosa e ilusoria, quitándole, así, todo poder de cambio y transformación. Su único sentido políticamente funcional se ancla como el deseo de un mundo mejor aunque irrealizable.

En el marco de este trabajo, entendemos a la *Utopía* como la descripción de un orden social basado en la crítica de un modelo social vigente sobre el que se proyecta un sistema de vida bueno, justo y feliz. De esta característica deviene el significado etimológico de la palabra utopía: proviene del griego y está compuesta por “u” y “topos”. “U” tiene dos significados: significa ‘no’, o significa ‘bueno’, también ‘feliz’ o ‘lo justo’. A su vez, “Topos” que en griego que significa ‘lugar’, ‘país’ o ‘territorio’. Con

lo que U-topía puede tener dos sentidos: 'no-lugar', o 'ningún lugar'; y 'buen lugar' o 'lugar feliz o justo' (Huergo, 1997).

De esta manera, es con relación al "no lugar" que radica el sentido negativo de la utopía mediante una crítica a la sociedad en que se vive. Pero a su vez, conlleva la imaginación de otros órdenes posibles, distintos al presente, es decir, un ensayo acerca de otras formas de vida. Y es aquí donde gravita el tenor de irrealizable con que se piensa a la utopía en tanto que es un lugar inexistente (no-lugar).

Una de las herramientas centrales para delinear las características del pensamiento utópico es la obra *Utopía* de Tomás Moro. El autor toma este doble significado de la utopía y lo traslada a su libro: el libro primero contiene una crítica a la sociedad inglesa, un diagnóstico distintivo de su tiempo (no-lugar). Pero no se queda allí, en el libro segundo, el autor traza las condiciones de la forma de organización de una vida feliz (buen lugar).

Si bien la obra pertenece a lo que se denomina género o narración utópica (1) permite problematizar a esta categoría en sus dos significados, pero ya en el plano de su operatividad en la historia. Es decir, como explica Fernández Nadal (2008), el juego narrativo entre el no-lugar (diagnóstico crítico) y el lugar bueno y feliz (propuesta) se transfiere al propio contenido de la utopía: desde el lugar-otro se miden las fallas del lugar real y de esa comparación resulta la apertura de un espacio nuevo, el de lo posible.

De esta manera, la utopía marca los límites del orden presente y diseña como en otros órdenes deseables y posibles. Lo que hace de la utopía un pensamiento creativo que anima transformaciones históricas es cierta negación de lo existente, pero de lo existente analizado críticamente en un trabajo de diagnóstico para poder planificar esas transformaciones y hacerlas posibles (Huergo, 1997).

Tal como plantea Mannheim (1941), la correlación entre utopía y orden social existente resulta ser de carácter dialéctico. Con ello, se quiere decir que cada época permite la aparición de aquellas ideas y valores en los que están contenidas las tendencias no realizadas y no consumadas, que representan las necesidades de esa época. Esos elementos intelectuales se convierten luego en el material explosivo para hacer estallar los límites del orden existente. El orden existente hace nacer utopías que, después, rompen las ataduras de ese orden. Es decir, el estado utópico es desproporcionado con la realidad en el que surge debido a que se orienta a aspectos o situaciones inexistentes en dicho momento. De esta manera, aparece la idea de diagnóstico y quiebre debido a que las utopías trascienden la realidad, pero no se quedan allí sino que intentan cambiar ese orden existente ya sea de modo parcial o total. Esta es una de las características que diferencia a la utopía de la ideología en cuanto a que esta última nunca consigue alcanzar los contenidos que proyecta, puesto que la ideología intenta mantener o cristalizar el estado social alcanzado.

Aún nos encontramos ante utopías cristalizadas en la historia. Desde el discurso hegemónico se perpetúa la idea de que el intento radical de cambiar las estructuras sociales vigentes es sólo patrimonio añejo de los jóvenes de generaciones pasadas comprometidas con el acontecer social. Y es en esta diferenciación elíptica –la de anular la capacidad de cambio y transformación de las

juventudes de hoy en comparación con generaciones anteriores— donde se ancla el discurso que fija la apatía y desinterés como rasgos representativos de la juventud actual.

Ahora bien, ante un nuevo escenario se presenta la imposibilidad de seguir pensando a través de las utopías pasadas. Si planteamos destiempos, procesos de individuación, asomémonos al debate de pensar al futuro en clave utópica. Hablar ya no de Utopía sino de utopías, tal vez sea el primer paso para detenernos a repensar la democratización a la hora de poner en común los modos de ver el mundo, legitimando las diferentes formas de apropiarse de él.

De esta manera, a partir de algunos trazos gruesos para problematizar el pensamiento utópico, propongo algunas categorías para el análisis de las representaciones: a) Crítica a la institucionalidad (diagnóstico crítico), b) Proyección del orden social delineando sus características sociales, culturales, económicas o política (Propuesta), c) Vías de cambio o transformación, d) Contenidos o experiencia no vividos hasta el momento que se sientan como sueños, deseos, necesidades: introduciendo así lo nuevo en ruptura con el presente, y e) Tensión entre el presente y el futuro.

Una aproximación al trabajo de campo

Emprender el estudio de las representaciones del futuro sobre la base del pensamiento utópico implicó, ciertamente, una decisión metodológica. Al iniciar la reflexión acerca de las técnicas que se utilizarían en la etapa del trabajo de campo, surgió una cuestión central: los contenidos propuestos para interpretar a los jóvenes que formarían parte del universo de estudio implicaban una cierta densidad, es decir, una complejidad que conllevaba —desde nuestra perspectiva— cierto tiempo de reflexión y elaboración. Por ello, en esta etapa se consideró que la técnica se basara en la producción de relatos escritos.

Los *Diarios del futuro* como técnica diseñada se fundamentan en dos propuestas generales: la elaboración de un diario personal y la narración de un relato social, ambos en perspectiva futura. Como consigna se les solicitó a los jóvenes que de modo escrito realizaran dos textos descriptivos en los que relataran el futuro a partir de lineamientos propuestos a modo de temáticas claves. De esta manera, se evaluó la posibilidad de que cada informante cuente con un lapso de tiempo para redactar sus escritos. A su vez, se consideró que la escritura individual de cada joven permitiría cierta libertad a la hora de dar sentido a las problemáticas propuestas y una mayor profundidad en sus argumentaciones, trascendiendo las restricciones en sus respuestas. Es así como los jóvenes administraron el tiempo que cada uno necesitaba para escribir los relatos. Desligados —circunstanacialmente— de la celeridad del mundo social, la técnica de los diarios permitió la apropiación del tiempo particular y subjetivo para elaborar sus narrativas acerca del futuro. Como se les proponía trabajar desde el porvenir como temporalidad, se consideró como oportuna la intervención del tiempo como variable en la elaboración de sus relatos.

A continuación, sobre la base de las categorías de análisis compartimos algunos fragmentos de los relatos de los jóvenes como unas primeras aproximaciones (2).

Diagnóstico crítico y propuesta

El diagnóstico crítico del utopista es vital para el modelo que va establecer, en tanto que no se puede separar el programa utópico –la propuesta– del análisis de la sociedad. Ahora bien, veamos extractos de lo que dicen los jóvenes al respecto de la crítica al orden vigente y la propuesta de un modelo superador:

“Para lograr cambios no se necesita de un líder iluminado, al contrario, creo que cada uno de nosotros debemos asumir la responsabilidad que nos toca. Hay que desechar todas las instituciones, ya sean políticas o religiosas, que lo único que sirven es para establecer divisiones entre los hombres y pregonar lo que sea necesario para mantener la propia subsistencia”.
(Gervasio, estudiante de Ingeniería Industrial).

Las impugnaciones de los jóvenes hacia la institucionalidad parecerían moverse de manera no articulada; y es, en este plano, que la crítica se postula como defensiva más que ofensiva, en tanto que no hay un intento de transformación estructural, sino un modo de dramatizar un gran malestar. Las críticas que realizan estos jóvenes se articulan desde un terreno ético más que ideológico. En sus representaciones no se percibe un proyecto en común para la transformación del orden, sino causas particulares y vinculadas al espectro propio y privado. Sin embargo, hay ciertos vértices en que se anudan las críticas: la desigualdad, la corrupción, el ejercicio político como negocio, el individualismo, la carencia de trabajo, el deterioro de la educación y la falta de diálogo. Lo que los jóvenes están planteando mediante estos relatos es una práctica de intervención distinta a la conformación de una organización política en términos tradicionales, sino más bien recortada al mundo subjetivo y cotidiano.

A partir de la perspectiva situacional de los jóvenes –son estudiantes universitarios en una ciudad en la que la universidad es su columna vertebral– debemos detenernos en uno de los puntos de encuentro con mayor fuerza en las narrativas de estos jóvenes: en todos ellos irrumpe la cuestión de la conciencia crítica de la sociedad, ya sea como propuesta de un orden social o como un punto de inflexión en el diagnóstico crítico.

En un repertorio de posibilidades acotadas como marca epocal, la representación en torno a la credencial que otorga la educación universitaria, como arma y escudo ante la incertidumbre de un mundo de múltiples rumbos, es notoria. Si bien los canales de ascenso social que antes conllevaba la universidad caducaron, la educación es quizás para ellos una de las herramientas en posesión y construcción que les permite pensar a estos jóvenes en un mar de posibilidades restringidas. No obstante, si bien la realización personal aparece con fuerza en sus relatos, también están hablando de conciencia crítica y de intervención en la realidad, desde las trincheras cotidianas y a partir de los conocimientos ganados en la educación universitaria: nombrar la conciencia crítica y la solidaridad es

pensar a la intervención desde la individualidad (¿Habría otra manera de pensarlo si no es desde la propia subjetividad?), apelando a lo colectivo.

Es en este sentido se puede considerar que el diagnóstico crítico que se propuso a modo de análisis, está más anclado a la conciencia de la precariedad que a una estrategia de emancipación, y, que la propuesta, más que una estrategia de intervención, se define como universos de sentidos compartidos aunque aislados.

Proyección del orden social

En sus relatos, los jóvenes marcan una notable escisión a la hora de pensar el futuro de la sociedad en la que viven y, además, de imaginar sus futuros individuales.

“En el futuro nada ha cambiado, la infancia violenta nos sigue pegando en lo más profundo de nuestros corazones. La responsabilidad que teníamos como generación de cambiar las cosas fue sobrellevada por algunos como individuos pero no como generación. (...) Si mi imaginación dictara cómo va a ser mi vida me encontraría estable en un futuro, con los sueños concretados y con las preocupaciones y ambiciones superadas o conseguidas. Tengo la esperanza que así sea y pongo mi mayor esfuerzo en eso”. (Facundo, estudiante de quinto año de Lic. en Comunicación Social).

Estas narraciones hablan de una gran distancia entre el destino colectivo y la salida individual. En sus representaciones sobre el futuro perciben un mundo caótico y problemático, pero con la posibilidad individual de sobrevivir de la mejor manera: sus futuros personales son auspiciosos mientras la realidad se cae a pedazos. Es la posibilidad de remar a mar abierto mientras el mundo se desgasta en un claro retroceso como efecto del proceso de individuación de las sociedades.

La realidad que viven –y que describen como padecimiento– se traslada hacia el porvenir, introduciendo como novedoso una profundización de las problemáticas actuales. Estos jóvenes describen un futuro social con más violencia, mayores desigualdades y profundas segregaciones que acentúan el distanciamiento con el todo colectivo. En el marco de ese caos imaginado que les genera un gran malestar y que ciertamente son permeables a ese contexto precario, se enfatiza la idea que la salida es individual. A la hora de proyectar sus futuros personales los jóvenes se perciben claramente mejor, con posibilidades de crecimiento y sueños concretados.

Cuando las respuestas heredadas hablan de detenimiento, de que la suerte ya está echada, cuando la historia se escribe como agotada y la vida vivida en sociedad tiene punto final, lo único que se percibe como liberador es el mundo privado. Estos relatos que apelan a la finitud del devenir social, hacen estallar lo humano, el sujeto por sobre la sociedad en una capacidad reveladora de poder pensarse por fuera del colectivo social desde la ficción de uno mismo. Lo que queda es uno, como lo seguro y sobre lo que se tiene potestad. Y es, en este espectro, donde los relatos del futuro personal se

presentan como esperanzadores. Lo que está presente en los relatos de los jóvenes es un fuerte deseo de realización personal a partir de una carrera universitaria y de conformar una familia.

Estos jóvenes piensan sus futuros personales por carriles opuestos al destino común, asumiendo ciertamente la verdad imperante que nos es posible cambiar el rumbo de las cosas cuando perciben que el manual de la historia ya está escrito. Entonces, como parte de este proceso de repliegue hacia lo privado, la lucha se sostiene desde la legitimación de sus mundos particulares y creemos que en esto reside lo utópico, en disputar la autonomía a la hora de dar sentido al mundo y de apropiarse de espacios propios. Su propuesta –el mundo feliz, bueno y justo– se funda en un futuro personal con los sueños de formar una familia y de hacer eso que les gusta tanto de su profesión como marco, para luego pensar en lo social desde la intervención particular desde ellos mismos como portadores de la racionalidad, de la conciencia crítica percibida como ausente en el seno social. De esta manera, las posibles transformaciones se forjan en el terreno de lo subjetivo, en la capacidad de poder romper las propias estructuras, dando juego así a nuevos contenidos y poniendo en práctica las competencias conseguidas y heredadas. Pensar en un futuro escindido del camino individual, no es ilógico en un mundo que los corrió del ejercicio común bajo el discurso eficaz que como generación joven, están perdidos.

Vías de cambio

“Cada uno desde su lugar puede aportar algo y a través de su acción modificar una parte del mundo por más chiquita que sea”. (Carlina, estudiante de Prof. de Educación Física).

“El camino para una transformación total en un país que no tiene justicia, que le sobra ignorancia, es una guerra para que la gente de una vez por todas asuma responsabilidades y ame a su país”. (Juan Pablo, estudiante de Prof. de Historia).

Los jóvenes piensan el cambio desde la desmovilización y partir de ellos mismos apartados de las estructuras partidarias y colectivas. Despojados de la aventura política revolucionaria, la transformación es pensada en uno mismo para así acoplarla a lo colectivo. En este sentido, es que la universidad les abrió el paso hacia el mundo a través de la crítica a lo real: la conciencia crítica es su transformación subjetiva llevada, luego, al cambio en el porvenir compartido. Es lo que ellos pueden aportar a partir de su propio cambio mediante el crédito dado por la educación.

Asimismo, cuando estos jóvenes plantean la subversión radical de un orden, la transformación de las relaciones humanas, proponen vías de cambio ajenas a sus posibilidades de intervención, como sucesos externos que traen el fin para un nuevo inicio. Es todo lo que debe morir para que lo nuevo pueda renacer. El hambre, las guerras, los golpes de Estado de los que hablan estos jóvenes en sus relatos son vías de cambio despojadas de ellos y de sus posibilidades de intervención.

El espacio público de todos y para todos se percibe como negado en tanto ámbito de disputa política. Los sentidos que construyen alrededor de esta idea de intervención están fuertemente sujetos a lo personal, a sus profesiones futuras que nombran como satisfacción individual. Frente a la ruptura de las estructuras y ante la inminente *Apocalipsis social* como lo único compartido –según sus relatos–, pelear solo por el futuro individual aparece como una opción certera.

Desde el análisis de sus representaciones, los jóvenes están distantes de la posibilidad de convertirse en grupos de ascensos tendientes a implementar un orden distinto al que viven. Sin embargo, las capacidades que desata la libertad bajo la incertidumbre de senderos fijos no se agotan sólo en lo privado. La capacidad de dar nuevos contenidos a viejos principios permite ensanchar las estructuras, ampliarlas bajo nuevas percepciones. Si desde lo que estos jóvenes ponen en palabras, no se puede pensar en la transformación desde lo colectivo, sí existe en estos jóvenes la idea de intervenir desde lo individual. Es la posibilidad de pensarse después del derrumbe mediante el cambio que empieza en uno mismo.

Sueños y necesidades

Es en la representación de sus futuros personales donde los jóvenes depositan sus sueños. Aunque perciben este espacio como más liberador y en donde desde sus perspectivas tienen clara capacidad de agencia, los deseos que estos jóvenes persiguen son principalmente los de formar una familia y luego, de recibirse y ejercer su profesión.

Si bien hay cierta continuidad con la temporalidad pasada en cuanto a las instituciones modernas a las que apelan en nombre de sus sueños, también pueden deducirse rupturas o, por lo menos, alguna apertura. En la cuestión de la familia, mujeres y hombres aquí consultados se imaginan con hijos como un gran deseo. Si antes era el hombre la modernidad lo había desprovisto de emotividad, hay una vuelta a lo privado, al goce en las emociones. Asimismo, en ninguno de los jóvenes se registra la convicción de institucionalizar el amor a través del matrimonio. Ellos hablaron de “compañeros” cambiables y no de maridos o esposa para toda la vida.

Por su parte, el trabajo no emerge en sus relatos como ámbito de realización personal y ciudadana. Por el contrario, el trabajo sólo tiene una cualidad instrumental para estos jóvenes, la de ganar dinero para subsistir y así tener tiempo para gozar de la vida y hacer en el futuro lo que los llena ahora de sensaciones y sensibilidad: poder mantener a una familia, viajar, disfrutar con amigos, poder realizarse desde lo más profundo de sus convicciones.

Tensión entre presente y futuro

“Es un ejercicio que cuesta. Hubiera sido fácil decir no sé y seguir como si nada pero en ciertas instancias el esfuerzo por imaginar qué va a ser de uno de acá en adelante se hace a menudo y

eso desata infinitas posibilidades”. (Matías, alumno de las últimas materias del Prof. en Comunicación Social),

Los diarios de los jóvenes hablan de la idea de futuro en crisis. De un futuro que en cierto aspecto los moviliza, pero al que se asoman sin redes de contención, desde un presente que se asume a partir de los riesgos y el miedo, como lo único compartido y vivido en conjunto. Por ello, se observa en los jóvenes un gran aferramiento a un presente eterno que va consumiendo el provenir en la vida diaria. A partir de la crisis de un futuro más o menos previsible, el tiempo que estos jóvenes privilegian es el “aquí y ahora”. Los jóvenes consultados no están seguros que ocurrirá mañana porque vivencian el presente de modo complejo. Y más aún, es un presente que les exige, al que tienen que estar atentos para no errar y con el apremio de desplegar sobre él, los recursos conseguidos y heredados y, así, enfrentar el mundo.

Si pensamos al tiempo como dato social más que cronológico, el presente eterno al que se sujetan estos jóvenes deja al descubierto relaciones hegemónicas y de poder, que instalan el ahora como lo único posible en el espectro histórico. La inmediatez de la vida que rige el tiempo social desautoriza las capacidades de proyectar, de pensar un tiempo distinto, pero que a la vez, de manera contradictoria, se les exige a los jóvenes la tarea de la reproducción de lo social: “ellos son el futuro”. De esta manera, al anudar a los jóvenes a un tiempo ilusorio y lejano, se desacredita su intervención en el presente al que el discurso hegemónico emplaza como el tiempo válido. Si no existen lugares comunes que no sean cuestionados, tampoco hay espacios en los cuales pensar un futuro compartido en el que la proyección individual se piense como una cuestión colectiva. Los futuros de estos jóvenes nace en el seno de la vida social pero que sin embargo, los piensan por fuera del derrumbe de lo colectivo. Las múltiples líneas de fuga amplían los horizontes y hacen huella en él. Si no hay presentes únicos ni juventudes en singular, tampoco habrá un gran futuro impar.

A modo de cierre

Los relatos de los jóvenes hablan de la idea de futuro en crisis. De un futuro que en cierto aspecto los moviliza pero al que se asoman sin redes de contención, desde un presente que se asume a partir de los riesgos y el miedo. A estos jóvenes les toca pensar sus futuros en un marco social en el que el rasgo de movilidad social ascendente que figuraba el paso a un mañana mejor y con posibilidades de ascenso, se ha perdido. En un contexto en el que esa escalera que marcaba el acceso seguro a mejores condiciones de vida, a partir de la idea de homogenización social, se quebró bajo la edificación de un nuevo modelo económico y social basado en la economía de mercado que terminó por cristalizar las diferencias. Y a la hora de pensar el futuro, las desigualdades se cristalizan.

Ciertamente, no hubiese sido factible abordar la utopía desde el vacío, por ello, la necesidad de rescatar conceptos de autores clásicos aunque sea preciso sortear la distancia epistemológica de esos desarrollos. Al problematizar la temática desde las ciencias sociales, no buscamos los resultados

de lo utópico o diatópico de estos relatos. Por el contrario, el propósito es pensar nuevas percepciones, analizar inéditos contenidos a partir de viejas estructuras. En este sentido, es necesario pensar a la utopía después de la UTOPIA, de buscar su peculiaridad, de encontrar nuevos territorios desde donde pensarla. Si el progreso único y blanco se cambió por la variación de las trayectorias y las identidades abrazadas desde lo universal por la singularidad, es preciso un retorno de la problematización del pensamiento crítico cuando la política vuelve a balbucese. Es decir, indagar en los procesos de recomposición, en aquellos nudos que atan a cuestiones comunes y que implican volver a percibirse en conjunto.

Los jóvenes que formaron parte de este proyecto de investigación piensan el cambio en el presente desde la particularidad. Aún así, son capaces de explicar futuros mediante un movimiento de desnaturalización ante los conjuros del discurso hegemónico. Desde los lugares que ocupan en el entramado de la sociedad, forjan visiones del mundo, particulares y plurales, pero que necesariamente entran en lucha para legitimarse en el seno social.

Si bien estos jóvenes no tienen respuestas a algunos problemas, sí poseen el valor de las preguntas que se asoman a la esperanza que la historia enterrada, aún sigue viva.

Notas

1) El diccionario de pensamiento alternativo explica que “la narración utópica permite articular dos momentos fundamentales: la topía, representada por el lugar del que se parte y al que se juzga críticamente; y la utopía, como un lugar imaginario donde encuentran feliz resolución las contradicciones existentes en el primero. En el marco de la forma de relato así tipificada, el juego narrativo topía/utopía establece una tensión entre lo real, verdadero pero insuficiente, y lo proyectado, imaginado pero verosímil”.

2) La elección de la muestra se realizó a partir de un punto de vista teórico atendiendo a la idea que hay distintas maneras de asumir la juventud y por lo tanto, diferentes percepciones y visiones del mundo. La selección de los jóvenes para realizar los diarios estuvo guiada por la pauta que debían ser jóvenes universitarios y, con el propósito de seleccionar el muestreo, se utilizó la técnica de bola de nieve en la que los primeros jóvenes con los que nos contactamos nos indicaron posibles informantes. Al interior del grupo se atendió a las circunstancias de género, edad, lugar de proveniencia y trayectoria educativa de sus padres. Como muestra se utilizaron onces diarios elaborados por los jóvenes, cantidad que se definió a partir del concepto de saturación.

Bibliografía

BECK, Ulrich, *Hijos de la Libertad*, Buenos Aires, Fondo Económico de Cultura, 1999.

La sociedad del riesgo, Hacia una nueva modernidad, Barcelona, Paidós, 2006.

Benedit, Rene; Hahn, Marina; Miranda Ana, *Los jóvenes y el futuro. Procesos de exclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008.

CHAVES, Mariana, “Juventud negada y negativizada: representación y formaciones discursivas vigentes en la Argentina Contemporánea”. *Última Década*, N° 23, Centro de Investigación y Difusión Poblacional de Achupallas Viña del Mar, Chile, 2005.

- FERNÁNDEZ NADAL, Estela, "Función utópica", en Biagini Hugo y Roig Arturo, *Diccionario del pensamiento alternativo*, Buenos Aires, Biblio, 2008.
- HUERGO, Jorge, *Utopías, planificación y comunicación*, La Plata, Mimeo, 1997.
- KROTZ, Esteban, *Utopía*, México, Colecciones de la Universidad Autónoma Metropolitana, 1988.
- MANHEIM, Karl, *Ideología y Utopía*, México, Fondo de la Cultura Económica, 1941.
- MARGULIS, Mario, *La juventud es más que una palabra, Ensayos sobre Cultura y juventud*, Buenos Aires, Biblos, 1996.
- MORO, Tomás, *Utopía*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.
- REGUILLO CRUZ, Rossana, *Nombrar la identidad. Un instrumento cartográfico en Emergencia de culturas juveniles*, Buenos Aires, Norma, 2000.
- SAINTOUT, Florencia, *Jóvenes el futuro llegó hace rato. Comunicación y estudios culturales latinoamericanos*, La Plata, Editorial Universidad Nacional de La Plata, 2006.
- SVAMPA, Maristella, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus, 2005.
- TOURAINE, Alain, *Crítica de la Modernidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.